

SHORT STORY

Graciela Brodsky

¿Por qué hacemos sesiones cortas? O sesiones lo más cortas posible, para formularlo con un enunciado modal que tomo de una conversación sobre los principios de la práctica lacaniana que tuvo lugar en Madrid, en enero de este año. Me encantó, porque *lo más cortas posible* implica por un lado sesiones muy cortas, y por otro que serán cortas en la medida de lo posible, que podrían no serlo llegado el caso.

Según algunos, las sesiones cortas distinguen a la práctica lacaniana de otras maneras de practicar el psicoanálisis.

Eso no es cierto. La vara con la que se mide la longitud de la sesión es bastante elástica. Un analista lacaniano de una Asociación componente de la IPA decía hace poco en Buenos Aires que practicaba sesiones cortas de alrededor de 30 minutos. Para los no lacanianos eso era poquísimo, para los lacanianos, una eternidad.

Alguien proponía llamar a las sesiones lacanianas, sesiones breves -no cortas- porque corto y largo son medidas de longitud, mientras que breve alude directamente al componente temporal.

En ese caso, sería mejor llamarlas *rápidas*, porque una sesión corta puede ser lenta, y una más larga puede estar animada por la prisa. Con lo rápido, a la dimensión temporal se le agrega el movimiento, y más precisamente, el ritmo. No es mala idea, porque si queremos hacer, como lo propuso Jacques-Alain Miller un esfuerzo de poesía, podemos recordar que es el ritmo lo que hace entrar el tiempo en la poesía, más allá del metro.

Rapidez. Me gusta pensar así el componente que distingue a la sesión lacaniana. Italo Calvino, interrogado sobre los valores de la literatura que proponía preservar para el nuevo milenio, recomendaba la rapidez: “estoy convencido de que escribir prosa no debería ser diferente de escribir poesía; en ambos casos es búsqueda de una expresión necesaria, única, densa, concisa, memorable. Yo quisiera preparar –sigue Calvino– una colección de cuentos de una sola frase, o de una sola línea si fuera posible. Pero hasta ahora no he encontrado ninguno que supere el del escritor guate-

malteco Augusto Monterroso: “Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí”. Corta; lo más corta posible; breve; rápida; de duración variable; de un modo u otro fue algo en el empleo del tiempo lo que hizo arder Troya, lo que desató hace 50 años una guerra en el movimiento psicoanalítico que el bello título de las Jornadas evocan.

Pero para entender esa guerra, hace falta saber qué la desencadenó. No fueron los cincuenta minutos, ni los cuarenta y cinco, ni la media hora, ni los diez minutos.

Abramos los archivos, volvamos a las fuentes, seamos “objetivos”.

19 de mayo de 1963, informe Turquet, Cuestión Lacan: *Nada puede predecirse sobre la duración de las sesiones. Los resultados de los análisis son muy variados, difíciles de predecir o de generalizar.*

Todo reside ahí, no en la duración sino en la imprevisibilidad.

A nivel de la duración, pienso que con el tiempo suficiente, con una sesión lo bastante larga, podríamos llegar a convencer a nuestros colegas de la IPA de que quien dice 50 dice 45, y que a la larga, regateando un poco, aflojando un poco, podríamos cerrar un acuerdo en 15. ¿Es poco? Ok, 20 ¡Sold!

Pero el problema fue otro, fue la imposibilidad de predecir, de generalizar el tiempo de la sesión.

Si se acuerda que la sesión sea de 15 minutos, paciente y analista estarán sometidos al gran Otro implacable del tiempo, a la campana que marca la conclusión del recreo, el cierre de la jornada de trabajo, el final del *round*.

Si no hay una medida exterior que decida el final de la partida, alguien tiene que tomar la decisión, y ¿quién es quién para tomar la decisión en un mundo donde todos debemos ser iguales? ¿Eso no huele a abuso?

Un paciente vino a consultarme hace algún tiempo. Buscaba una analista lacaniana; le dieron mi nombre. Me cuenta de entrada que tuvo un largo análisis freudiano en su juventud y que ahora quiere una analista, mujer y lacaniana. Eso sí, me aclara, no va a aceptar que le corten la sesión; le parece arbitrario, prepotente; lo considera un abuso, y él es especialmente sensible al abuso, su madre fue abusada por su abuelo y terminó mal, etc.

-¿30 minutos le parecen bien?- le dije. Nos pusimos de acuerdo. Puse un reloj. Durante bastante tiempo las sesiones terminaron a los 30 minutos exactos. Después me permití decirle en algunos momentos decisivos -¿Sabe que este sería el momento de cortar? Pero todavía no es la hora-, agregaba. Con el tiempo arriesgué un -¿Y si cortamos acá?- Finalmente, la revelación del montaje de una escena íntima de dominación por la que, además, pagaba bastante, marcó la desaparición del reloj y el

inicio de una práctica de sesiones lo más cortas posible. El dice que ahora hace un análisis lacaniano. pero fue lacaniano desde el principio.

Por mi parte, recuerdo perfectamente la primera interpretación de mi analista en la última *tranche* de mi análisis: “Eres tú quien termina la sesión”. Me lo dijo dulcemente, y no me retuvo.

Dar por terminada una sesión no se acomoda bien con la presunta neutralidad del analista. Supone tomar partido. Pero ¿acaso el analista hace otras cosas que tomar partido cuando acepta alguien en análisis, o cuando ofrece el uso del diván, cuando interpreta? La neutralidad del analista recae sobre su yo, sobre su fantasma y las pasiones que éste engendra, sobre él mismo en tanto sujeto. Lo que el analista lacaniano neutraliza es su contratransferencia. No tenemos mejor manera de definir en qué consiste su formación.

Cincuenta años atrás. la manzana de la discordia del movimiento psicoanalítico no fue tanto la longitud como la imprevisibilidad de las sesiones que practicaba Lacan.

Sí, pero ¿por qué lo hacía? ¿Y por qué lo hacemos? Veamos primero en qué se autorizaba.

Más de una vez (en los *Consejos al Médico en el inicio del tratamiento psicoanalítico*, o en la carta a Ferenczi del 4 de enero del 28), Freud defiende la elasticidad de la técnica analítica contra otros que la convierten en tabú, y refiere su estilo a razones propias. Por ejemplo, cuando trata sobre el uso del diván escribe que “*es una costumbre que merece ser conservada, en primer lugar, a causa de un motivo personal, pero que quizás otros compartan. “No tolero permanecer bajo la mirada fija de otro ocho horas (o más) cada día”.*

Lacan fue más lejos: recurrió a todo lo que pudo para demostrar que su práctica no obedecía a motivos personales, sino que era solidaria, por ejemplo, de la concepción que tuvo en su momento del inconsciente, al que consideró estructurado como un lenguaje cuyo sentido dependía de la puntuación (es la tesis de *Función y campo de la palabra*).

Algunos años después fue a buscar en la topología la demostración de que la práctica analítica requería cortar la cadena asociativa para crear el vacío por donde podía emerger el objeto *a* (véase, por ejemplo, la serie que constituye el seminario sobre *La identificación y el de La angustia*).

Más tarde aún, revisó su propia concepción del inconsciente, propuso que sólo era

goce del cifrado, y entonces la práctica analítica debía ir contra ese goce, contrariando al inconsciente, ganándole de mano, como el chiste. No sé si se entendió qué quería decir profundamente que el discurso del analista era el envés del discurso del amo antes de que Jacques-Alain Miller lo elucidara con su intervención sobre La interpretación al revés. Pierre Naveau lo evocó hace poco.

En cada etapa de su enseñanza, se puede encontrar el esfuerzo renovado de Lacan por establecer un lazo entre su práctica del psicoanálisis y su construcción de la teoría psicoanalítica, y por dar cuenta de los principios que gobernaban su táctica de la interpretación, su empleo del tiempo, su estrategia con la transferencia.

Sí, pero ¿qué lo llevó a reformular una y otra vez los fundamentos de una práctica cambiante?

La guerra se desencadenó probablemente por la duración imprevisible de las sesiones, pero eso no era más que la punta del *iceberg*.

Troya ardió porque una diosa desairada buscó venganza colocando en el banquete de bodas, al que no fue invitada, una manzana de oro con una inscripción que decía “para la más bella entre las diosas”. La disputa por el primer lugar no tardó en empezar, de modo que fue necesario llamar a un mortal para que oficiara de árbitro. Y así fue que París, que cuidaba tranquilamente su rebaño, se vio llevado a tener que decidir. Una le ofreció reinar sobre Asia y Europa, otra le prometió habilidad militar y fama, la tercera, Afrodita, le prometió a Helena. París la eligió, y su rapto desencadenó la guerra.

Freud retoma la historia en 1913, en *El tema de la elección del cofrecillo*, pero le agrega un detalle que me gusta mucho, porque toma la versión de la *Bella Helena* de Offenbach:

Y la tercera -sí, la tercera-,
de pie al lado de las otras, permaneció muda.
A ella le di la manzana.

Es París el que habla. Cuando lo leía para preparar esta intervención me imaginaba un diálogo entre Freud y Lacan:

De la mano de Afrodita, Freud nos presenta un amor enmudecido, que sabe a muerte.

Lacan se inquieta: “*el análisis no consiste en encontrar en un caso el rasgo diferencial de la teoría, y en creer que se puede explotar con ello por qué su hija está muda, pues de lo que se trata es de hacerla hablar y de entender, además, por qué lo hizo*”.

Y así, corre Lacan a adueñarse del silencio del amor, del cierre del inconsciente, para hacerlo hablar.

Volvamos a los archivos:

14 de julio de 1953: carta de Jacques Lacan a Rudolph Loewenstein.

“Fue resucitada una antigua discusión [...] planteada en torno a una técnica que yo había defendido públicamente, a saber, el uso regular de sesiones más cortas en ciertos análisis, y en especial en el análisis didáctico, en el que la particular naturaleza de las resistencias me había parecido que lo justificaba.”

19 de mayo de 1963: Informe Turquet Cuestión Lacan: “Nada puede predecirse sobre la duración de las sesiones. Lacan busca evitar la transferencia negativa.”

Resistencia, represión, defensa, fue así como los analistas de entonces experimentaron los primeros obstáculos en la dirección de la cura.

Fue la misma causa, fue la experiencia de lo real la que cerró el acceso a ese inconsciente que se había mostrado tan pródigo con Freud (Miller hizo de este obstáculo el título de uno de sus cursos que acaba de ser publicado en español).

Y fue el mismo movimiento de búsqueda de la chispa inaugural del descubrimiento freudiano lo que llevó a unos a levantar el estándar con la ilusión de conseguir los mismos efectos repitiendo la misma ceremonia, y a otros a renovar la experiencia con el propósito de volver a tomar al inconsciente por sorpresa.

Los favores de la Bella Helena fueron para los segundos.

Pero pasaron cincuenta años, y el movimiento psicoanalítico en su conjunto entró en una nueva etapa de oficinas públicas, estados estratégicos y reglamentaciones varias. Recorreremos cada uno de esos pasos, porque a cada época le toca si no su *Ilíada*, al menos su *Odisea*.

..........*

La práctica de Lacan fue la manzana de la discordia del movimiento psicoanalítico. Él libró su combate, que no fue contra la IPA, como pudo pensarse, sino contra todo aquello que ahogaba el descubrimiento freudiano en el sentido común. El 11 de octubre de 1976 escribió de puño y letra:

Gané, sin duda. Puesto que hice escuchar lo que pensaba sobre el inconsciente, principio de la práctica.

En el 2003 seguimos practicando las sesiones cortas, lo más cortas posible, variables, breves, rápidas, porque siguen demostrando su eficacia para sorprender el inconsciente. Es la vigencia de la “solución Lacan” para enfrentar el problema que tuvo que encarar su generación.

Pero nuestra problema es otro.

Lo formularé así, provisoriamente, al modo de pregunta. ¿Es seguro que el inconsciente sigue teniendo la delantera como principio de nuestra práctica? Por cierto que en muchos casos sí, porque seguimos encontrando una clínica que podemos llamar clásica. Pero eso no es lo más interesante; eso sería algo así como el “fin de la historia” del psicoanálisis, el punto en el que ya no se puede esperar nada nuevo.

Pero la realidad es otra. En la medida en que ampliamos el campo de aplicación de nuestra práctica, nos topamos con una nueva clínica que, para decirlo prudentemente, nos lleva a interrogarnos sobre el inconsciente mismo.

Sucede que nuestra manera de concebir el inconsciente no lo considera como un ser en sí mismo sino como una suposición, producto de la transferencia. Sin ella el inconsciente ¡puff! se evapora. Y una vez evaporado el inconsciente lo que queda es un síntoma... ¿cómo llamarlo? Tal vez síntoma puro, sin suposición de saber. A decir verdad, no se me ocurre otra manera de entender eso que llamamos nuevos síntomas. Los pienso simplemente como el síntoma menos la transferencia. Lo que pone de relieve, quizás como no se había entrevisto hasta ahora, que hay algo real en el síntoma independientemente de los artificios de la palabra; que su destino no siempre es congruente con los vaivenes del inconsciente.

Sospecho, aunque habría que demostrarlo con una casuística que todavía está en pañales, que no se trata de un nuevo envoltorio formal sino de una transformación profunda del síntoma que ni pide hablar ni piensa que hablar haga bien, y cuya dignidad consiste en poner un palo en la rueda del carro que conduce a lo peor.

Lo diré en voz baja, pero pienso que hoy en día el destino del psicoanálisis depende de su capacidad para adaptarse, de su docilidad para dejarse guiar, de su habilidad para reinventarse y estar a la altura de esta nueva clínica que Freud hubiera co-

locado entre las contraindicaciones al tratamiento analítico. Tal vez sea así, pero nosotros estamos atravesados por la recomendación de “no retroceder” que nos legó Lacan.

Por de pronto, a la espera de la acumulación de resultados, podemos hacer escuchar lo que pensamos de las nuevas formas en que se presenta lo real, principio del síntoma. No es poco, y puede ayudar a algunos a no quedarse con la lengua afuera tratando de remar cuando el bote todavía está en la arena

Una cosa es segura: la temporalidad de estos nuevos síntomas no es la de la novela familiar del neurótico, siempre dispuesto a invitar al analista a seguirlo en un nuevo capítulo por los caminos de Swan. Para estos síntomas de pocas palabras es mejor cultivar el *short story*, el cuento breve, cuyo efecto se obtiene gracias a la contracción del tiempo que produce la economía de palabras y la falta de detalles sobre el personaje.

Les cuento uno que viene al caso:

Entre sus muchas virtudes, Chuang- Tzu tenía la de ser diestro en el dibujo. El rey le pidió que dibujara un cangrejo. Chuang- Tzu le respondió que necesitaba cinco años y una casa con doce servidores. Pasaron cinco años y el dibujo aun no estaba empezado. “Necesito otros cinco años”, dijo Chuang- Tzu. El rey se los concedió. Transcurridos los diez años, Chuang Tzu tomó el pincel y en un instante, con un solo gesto, dibujó un cangrejo, el cangrejo más perfecto que jamás se hubiera visto.

Pienso que se trata de una versión china del apólogo de los tres prisioneros. Su encanto reside en el contraste entre el tiempo para comprender del personaje, que se prolonga enigmáticamente, la rapidez inesperada del momento de concluir y la brevedad del relato que se ofrece el lector. Cuando el pase es logrado, tiene ese efecto en el analizante, y cuando está bien narrado, también lo produce en la audiencia. En cambio, el cartel del pase quiere saber que hizo Chaung- Tzu mientras tanto, y cómo llegó a la conclusión.

En su versión occidental, el apólogo de los tres prisioneros incluye, sin embargo, un empuje a la reducción del tiempo para comprender, porque aunque en la formulación puramente lógica del problema el director de la cárcel dice que los prisioneros tendrán todo el tiempo para considerar a sus compañeros y los discos que llevan en sus espaldas, todo el problema reposa en la suposición, no lógica sino subjetiva, de que quieren salir de la cárcel y que no es buen negocio que el tiempo de comprender sea tan largo como la duración de la condena misma. La prisa por concluir es el telón de fondo que, a la hora de plantear el problema, lleva al lógico a elegir la cár-

cel y no un palacio con doce sirvientes.

Pero el lógico occidental es también un poco ingenuo: supone que el prisionero elegirá la libertad. Y además un poco metafísico: cree que la libertad va de la mano de la pregunta por el ser.

Si en lugar de lógico fuera psicoanalista sabría en cambio que el neurótico, el tradicional neurótico, puede elegir permanecer diez años en la cárcel, sin palacio ni sirvientes, ya sea esperando la muerte del director (versión obsesiva) ya sea denunciando la falla del problema (versión histérica).

En estos casos clásicos de la práctica analítica, ¿no sería recomendable acaso que el propio analista aporte la prisa por concluir? Freud, al menos, no se privó de hacerlo. ¿Por qué no reconstruir su lógica antes que condenar su impasse?

Y si en lugar de lógico fuera un psicoanalista dispuesto a dejarse enseñar por estos nuevos síntomas ¿no debería saber, acaso, que su ocasión es fugaz y que es mejor que ayude a calcular rápido, porque el sujeto no tiene normalmente mucho tiempo para comprender?

Después de todo, en ningún lado está escrito que hacen falta diez años para dibujar un buen cangrejo, y lo peor que podría pasar es que cuando despertemos, el psicoanálisis ya no esté allí.

Buenos Aires, Octubre de 2003

UN TIEMPO DE SABER

María Hortensia Cárdenas

El IV Congreso de la AMP convoca a las Escuelas a reflexionar sobre los principios de nuestra práctica y nos propone que seamos analizantes en esta experiencia. El momento actual -“del Otro que no existe”- presenta la paradoja de asegurar el bienestar, prometer la felicidad, de mano de la oferta del mercado y sus valores. Se intenta abordar de manera homogénea y universal al sufrimiento psíquico y al malestar social. Tenemos hoy la amenaza de las políticas estatales de salud mental que apuntan al “supuesto bien común” que se soporta en la realidad colectiva. Frente a la demanda por el sufrimiento, la nueva clínica -que no le adjudica ningún sentido al síntoma- crea la ilusión del éxito, y las psicoterapias con la sugestión se dirigen al síntoma por la vía de lo social con un llamado a la identificación.

La operación analítica es otra. Permite concebir la cura como una demostración, desde su vertiente pura, además de revelar que el psicoanálisis sigue siendo psicoanálisis en tanto que aplicado. Ahora que las condiciones de aplicación del psicoanálisis han cambiado, se asume el reto de demostrar la eficacia del psicoanálisis en instituciones y en centros de atención psicoanalítica. La orientación hoy incide sobre las consecuencias que el acto psicoanalítico puede tener en la sociedad. Resulta urgente, entonces, elaborar, conceptualizar sobre los fundamentos que orientan y sustentan lo que hemos venido haciendo en el ejercicio del psicoanálisis, poner en consideración nuestros presupuestos, explicar la lógica de nuestra acción. Es una exigencia a dar cuenta en razón, de precisar los principios. Es una búsqueda ética.

Suposición transferencial de saber

La experiencia analítica conduce a la suposición del inconsciente, que hay saber. El saber supuesto tiene un estatuto inconsciente. La suposición es inducida y construida en el análisis y tiene a la transferencia para elaborarla, desarrollarla y soportarla. Una vez instalada la suposición de saber de la mano de la transferencia, en la experiencia analítica el problema que se presenta siempre es cuándo concluir.